



CYNTHIA RIMSKY. *EL FUTURO ES UN LUGAR EXTRAÑO*. 178 PP., SANTIAGO, 2016: LITERATURA RANDOM HOUSE.

Prof. Dr. David Morales

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

La novela *El futuro es un lugar extraño*, de la escritora chilena radicada en Argentina, Cynthia Rimsky, tiene en principio un título enigmático y algo intrigante, como el aura de misterio que desprenden ciertas afirmaciones complejas, pero al poco andar en su lectura, se entenderá mejor que tal proposición paradójica sobre el espacio-tiempo, es como un golpe certero de palabras cuya resonancia desvelará gradualmente el objeto narrativo que se ofrece.

El futuro es un lugar extraño apunta en efecto a una distensión del tiempo personal, que en términos narrativos sorprende por la abstracción que supone un tiempo insistente, en un espacio utópico, y cuyas coordenadas posibles están inscritas en los vértices más agudos de la memoria, pues el tiempo potencial que generan sus visiones de campo, es un tiempo anterior, que como un viaje introspectivo, tiene la facultad imprecisa de la memoria personal: huellas, pequeños trazos, conatos de aventuras, segmentos discontinuos y a fin de cuentas vivencias que como rayos de luz, surgen de las grietas mismas de la memoria provocadas en el cuerpo, uno que ha vivido más de una vida entera, en una ciudad fantasmal con los tonos sepia de sus cerros. Un Santiago encajonado por la cordillera y atravesado por la cuenca fluvial de un Río Mapocho que se desmadra cada tanto, como cada tanto también se suceden las revoluciones o los terremotos en esta larga lonja de tierra estrecha. Interesan aquí los precisos apuntes de geografía de los cerros aledaños que jalonan el valle del Mapocho y que se representan en un cuadro de sentido transversal, esto es como del norte al sur, siguiendo así las huellas de su poblamiento original y a la vez conteniendo los márgenes de la pobreza atávica dentro de un eje simbólico y cerril. El centro, el Salto, Conchalí y en general la ladera norte del río capitalino, son las locaciones escogidas que sirven de soporte geopolítico al ejercicio de némesis y de memoria de una generación, marcadamente ochentera, y que protagoniza las peripecias de un sueño mal acabado, como las imperfectas historias de amor que lo pueblan.

Así se va tejiendo una narración ajustada para cada escena, dando a ratos la sensación de que la poética de ficción es sobrepasada por una realidad superior, incluso más alta que la realidad de las cosas mismas. Pues como advertimos, es la realidad interior, del tiempo privado y sin testigos, lo que se asoma desde el personaje femenino principal, en ambigua relación con la ciudad.

En tanto, he sugerido que el título mismo del libro funge como una especie de marco teórico para conectarse con el hilo de la narración, donde la autora demuestra una madurez original en su escritura, cuyas diversas capas intencionales dejan un rastro indefinible de señas y símbolos.

El futuro es un lugar extraño también es el relato relacionado con el fin de las utopías latinoamericanistas de liberación y por eso puede ser también algo atópico, como cuando una realidad es extraña a la conciencia. Hay plasmado en este relato un desajuste entre los ideales y la historia personal, que se hace evidente en los tiempos novelados que se entrecruzan y divergen; por esto es que no hay un ajuste fino de cuentas entre la memoria y su proyección futurible, pues además pareciera que todo el tiempo narrativo está tensionado por una mirada transpersonal, objetiva y trágica, que se construye con la ayuda de ciertas señas cifradas en la época de las protestas.

En fin, sin querer entrar a resumir la historia en sus pormenores, diría que mi experiencia de lectura de *El futuro es un lugar extraño* me ha dejado varias sensaciones filosóficas. Por abundar más, está la paradoja del tiempo pasado de las creencias, en contraste con una especie de funeral ritual de la utopía, como cuando la historia parece corregir a las inocentes expectativas de liberación, con imágenes laberínticas y oscuras. También es de notar el despliegue de una sutil poética erótica, que con una elegante retórica somete a la narración a una síntesis final, mínima de gestos, que despierta interrogantes abiertas en las partes decisivas de los breves encuentros. Por otro lado, las escenas de mayor peso existencial, nos conectan con una especie de río invisible de aguas subterráneas, que cruzan el imaginario de territorios corporales, paredes y sombras en los muros, de manera que el mundo, ofrecido al diagnóstico lector, está fuertemente amenazado por esa tremenda fuerza epocal de la homogenización de la cultura, que en términos narrativos se describe en el avance del cemento sobre los árboles, donde el suelo civil se trasmuta del verde natural al gris, o de los parques al aparcadero, desatando la voracidad arrolladora del cruel capitalismo criollo. En tanto, el tema literario del río, puede representar una imagen del flujo de conciencia del narrador, que sigue buscando redimir quizás ese tiempo perdido de los ideales jóvenes, y sin poder conocer tampoco eso que imaginamos como la experiencia plena del amor humano.

Por otro lado, el nombre del personaje central “La Caldini”, por razones filológicas me sugiere mucho calor, es decir, fuego, es decir, pasión, una que también prende la mecha de una historia de desamor con la contraparte otra, el tal Rocha, de signo negativo por el oportunismo que demuestra.

La Caldini, en tanto, es un nombre potente, como lo es también el aparente final de la narración de *El futuro es un lugar extraño*, donde el ambiente histórico es un notable relato transpersonal o disparado al vuelo en la posmodernidad criolla



chilena, donde como un presagio apocalíptico, se ha abierto un enorme vacío que anonada y se va tragando a muchos, como un incendio discontinuo y en etapas, en constante depredación. En este sentido el diagnóstico del tiempo presente es certero y estoico, tenaz, feroz, y algo amargo como un mate campero, que te puede quemar la boca pero que te despierta los ojos del entendimiento para buscar el hilo perdido del sentido.

La cuidada escritura del texto no es fácil de clasificar, pero sobre todo sostiene un imaginario personal muy elaborado, que nos regala escenas memorables en su intensidad narrativa, así como caóticas enumeraciones, en donde los objetos descritos parecen conectados por los hilos invisibles de una poética subconsciente. Una prosa que parece provenir de la zona fronteriza de los sueños, en que se mezcla lo cierto con lo verosímil, lo aparente con lo potente, el sueño con la vigilia, y donde la realidad también se dibuja con el deseo y la nostalgia. La narración se sitúa entonces como en una grieta imperceptible del alma, que comunica la voz interna con la realidad de la temporalidad, es decir del tiempo vivido. También hay rastros marginales de un tiempo muerto, traducido en imágenes ilegibles, en blanco y negro de ideales perdidos, donde las indignaciones compartidas son también las claves políticas de una generación que, eventualmente, devino en fuerzas de trabajo, movimientos sociales o impulsos migratorios. Por último, con la potente geografía de los cerros descritos, con sus faldas reseca y sus senderos infinitos, se producen fuertes contrastes entre los paisajes naturales y el cuerpo inflamado de una ciudad amenazante, que avanza como un cáncer sin remedio y se va adueñando de las últimas zonas vulnerables de los cerros, donde tarde o temprano caerán bajo la invisible mano del futuro que mal, que nos pese, ya está aquí y ha llegado para quedarse. Recomiendo entonces la lectura de esta novela que entre otras cosas sirve de ejercicio de reflexión sobre nuestra identidad histórica, y que apunta hacia un futuro que ya se hace presente en el evidente catastro simbólico de nuestro tiempo compartido.